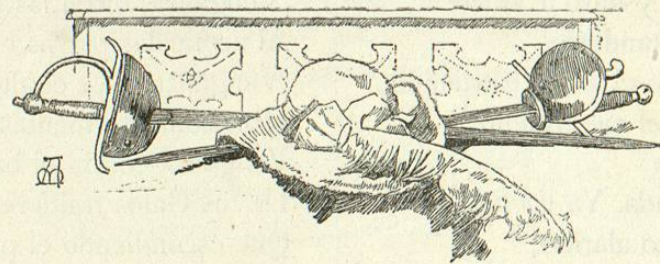


Al ronco són de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, el Guadiana, el Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero,
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon... Oh fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente



Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Pues el denuedo y brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desaparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrion guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al valor de la Hespéria se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama,
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintin, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama;
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento,
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padron que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

En un campamento, 1808.

A LA VICTORIA DE BAILEN

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marianos,
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se oscurece.
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crujir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo léjos
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los beligeros varones?
¿Quiénes son, y dó van? ¿Cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrilego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas
Y dejan de la sierra la agria frente
Inundando las vegas silenciosas,
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,

Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Dó está, exclama, de Hespéria el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mio.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?...
Huye, infeliz, con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belísono són henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracan. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar, que la blanda
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,
Relinchando ardoroso,
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por dó quier: desde la frente
De la enroscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarín guerra pregona.
¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadríga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hespéria á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbré
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.

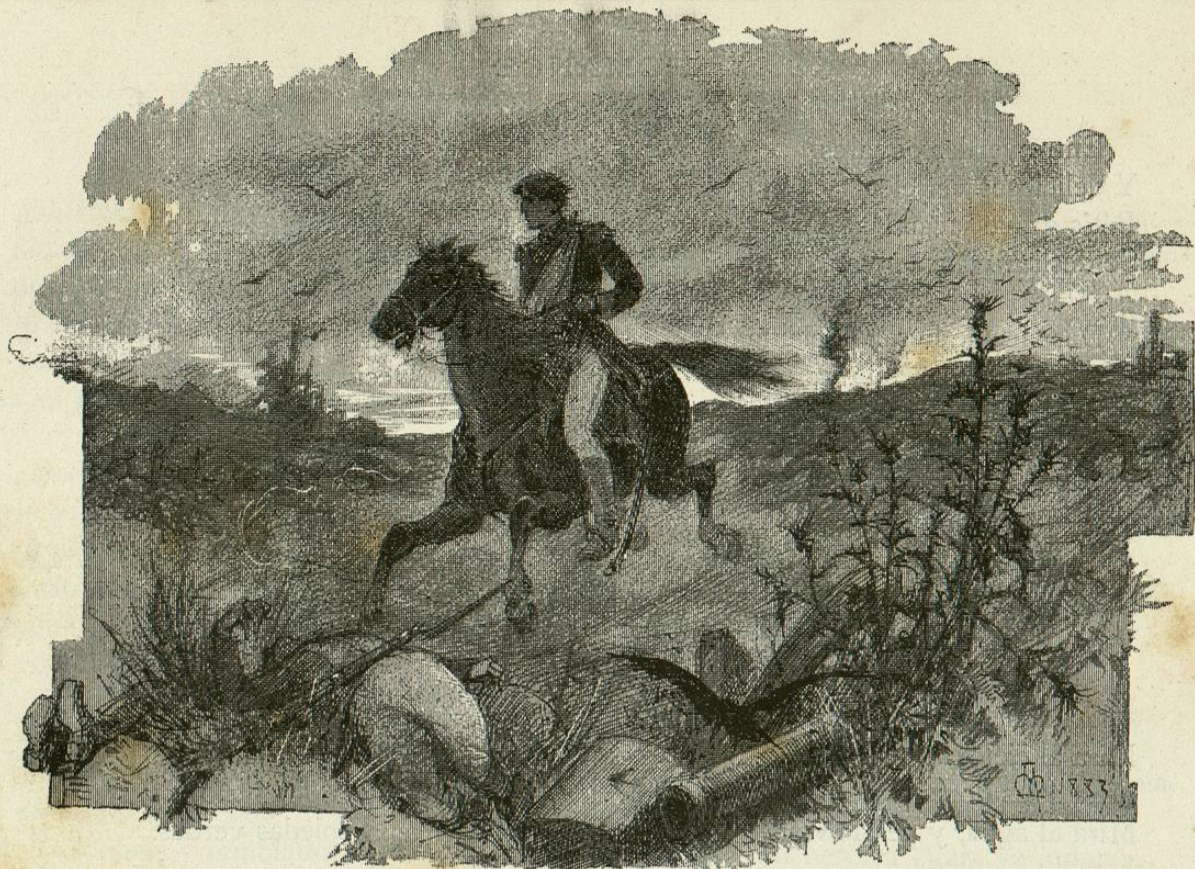
¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Oh Galia injusta, al ver el poderío,
El desnudo y el brio
De los varones ínclitos iberos!



Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el jinete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudó Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

1808



ROMANCE

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro agujijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas

Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjeme: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Más crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas;
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena:
Déjala, que más me agravas;
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

ROMANCE

Entre verdes olivares
Y deliciosos verjeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,

Después de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte;

Y al contemplar en el rio,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.

Decid á Silvio
Que torne aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetía muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el rio,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

1809

SONETO

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y ántes viera los Cielos desplomados,
O abierta ante mis piés la tierra fria!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Más que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto. 1812

AL CONDE DE NOROÑA

¡Oh Conde! pues tu lira
Unida al són de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojada diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
La discordia levanta su cabeza
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el són estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cual Belona fiera
Aguja la cuadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pame la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco són del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias.
Y dí el denuedo y brio
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaría!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Va tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor sólo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el són impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que sólo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazón, pecho amoroso,
Y con dulce ternura
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohíbe que cante
El ardor de Belona fulminante.

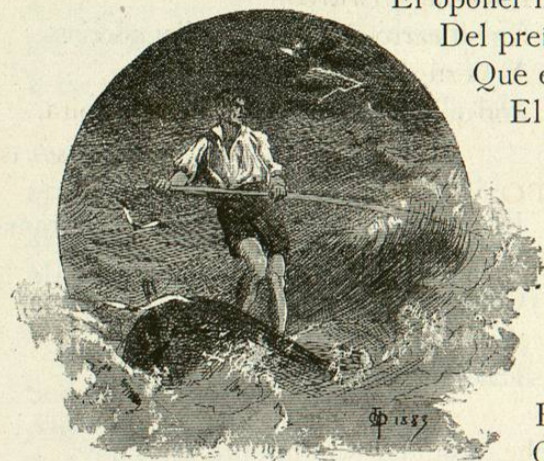
La inocente voz mía
Sólo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría

De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido. 1812

SONETO

El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.



No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Sólo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso. 1810

A AMIRA

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas:

No agites más tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus inestables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y según quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el rauda viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelva á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro día
Deja de conchas llena,

De caracoles y de espuma fría,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Sólo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Neréo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, oh bella Amira,
Por quien tanto amor arde y suspira.

Cádiz, 1812

SONETO

Viene en pos del invierno perezoso,
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el verjel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Después de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Sólo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza. 1812

CANTILENA

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Más bella y más lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.

Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogía,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Más flores producía
Aquel fresco recinto
Orgullosa y ufano:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812